

NOTAS

INFORMACION E INTEGRACION SOCIOPOLITICA

1. VIDA, CONVIVENCIA Y OPINIÓN PÚBLICA

La vida humana, sobre producirse en el individuo, se realiza siempre en la sociedad. La vida humana es por definición vida social. Asociados o agrupados, los hombres —y las mujeres— hacemos vida social o grupal. Esta vida encuentra realización en los distintos grupos y en las diversas asociaciones. Hay así vida grupal o agrupada por razón de familia, de congenialidad o de quehacer. La situación económica engendra clases, como la situación ligada al *status* ocasiona estamentos. Hay asociaciones derivadas de la ocupación del tiempo de trabajo (gremios, sindicatos) y asociaciones dependientes de la ocupación del tiempo libre (clubs) (1).

Cuando se vive con los demás, y en líneas generales cuando se vive en grupos, se con-vive. La convivencia ofrece formas, mas también niveles, pues la capacidad de los hombres —y de las mujeres— para convivir está determinada por sus aptitudes para la comunicación. El ser social del hombre depende del trato, de ese comunicarse que puede llegar a presentarse como camino de comunidad. Se explica por ello que de tal relacionarse, de tal comunicarse y aun de tal asociarse o agruparse surjan la sociedad civil y la sociedad política.

De manera semejante, de la estructura social amorfa que es la masa el llamamiento insistente de la información permite el surgimiento del público. De tal estructura social amorfa nacen núcleos de interés que producen comunidades de intereses, a su vez, derivadas de comunicaciones y de contactos impersonales. Saltan de la masa grupos de individuos —o mejor individuos que forman grupo— precisamente por la acción de los más diversos comunicadores sociales: autores, actores, periódicos, periodistas. Unos difunden o redifunden información, otros amplían o amplifican la información recibida.

(1) Toda esta problemática en BENEYTO: *Los cauces de la convivencia. Una política de instancias sociales*, Editora Nacional, Madrid, 1969.

No faltan los comprometidos en el esfuerzo, aquellos cuya actividad es más reglada que espontánea: son los activistas, los promotores. Gracias a ellos se van tratando —y trabando— las gentes, haciéndose gente —en singular.

El juego entre los grupos y la sociedad es el juego entre las estructuras y las instituciones. En las sociedades que ahora llamamos industriales, en los países que hemos calificado de desarrollados, los agrupamientos son muy numerosos. Por lo que más directamente incide en la política hay en estas sociedades un cierto espíritu crítico característico del auge de la razón. Habría que distinguir en ellas esos niveles de convivencia antes aludidos que en el orden global vendrían a expresarse como niveles de integración. Podríamos señalar integraciones debidas a la presión o a la coerción (al modo de la bergsoniana sociedad cerrada) e integraciones producidas por la confluencia de aspiraciones y de valores comunes. En el primer caso las relaciones sociales espontáneas de rivalidad o de hostilidad son reprimidas, pero pueden explotar violentamente cuando se relaja la presión; en el otro ejemplo la fusión, más o menos intensa, de los actos y de los estados mentales individuales es muy fecunda (2).

Cuando se pasa por momentos de crisis, la sociedad se va desintegrando. Los conflictos favorecen la exteriorización de las actitudes más antagónicas, cuya unidad es cimentada por la lucha. De esta manera conviene, en ocasiones, a los políticos llegar a tal situación, para pasar —como señala el adagio— del desorden al «orden», es decir, al orden específico apetecido, que desde aquel instante se cristaliza hasta hacerse una tradición, que se impondrá en el futuro como estereotipo. No es otro el origen de las calificaciones grupales más politizadas, desde los güelfos y gibelinos por lo menos. A este proceso se liga también la institucionalización vista como fijación de estructuras escogidas. De las tradiciones que se quieren canonizar se llega a las formas cerradas, si no de la sociedad civil —en el aludido concepto de Bergson— sí de la sociedad política, culminando en las formulaciones de eternidad ínsitas en las proclamaciones constitucionales. Lograda la forma social definitiva se cierra el paso a cualquier modificación, se procura evitar las ocasiones de crisis y se impide —incluso con las armas— el cambio.

Si las instituciones se alejan de las estructuras sociales y políticas, nos encontraremos ante el tópico enfrentamiento de lo oficial con lo real. Aunque todas las sociedades son ciertamente estables —en mayor o menor grado— pues de otro modo no se tendrían en pie, ninguna ha logrado la inmovilidad absoluta, porque si las instituciones pueden permanecer distantes de las

(2) Los factores sociológicos de la opinión en el estudio de J.-W. LAPIERRE, recogido en el volumen del Instituto de Estudios Políticos de Niza, *L'opinion publique*, Presses Univ. de France, París, 1957.

estructuras, si lo oficial puede mantenerse a despecho de lo real, lo real y lo estructural cambian, están cambiando siempre. De ahí el importante papel que representa la información como sistema —y aún como ecosistema— en las etapas de cambio, evolución más que revolución, precisamente para evitar esta última en el sabido sentido de alteración. Pensemos en lo que significó la familia en la Edad Media. La formulación de un orden social y político apoyado en la familia dependió de una fuerte conciencia familiarista: no había ciudadano completo si no tenía familia (mujer, con casa poblada, y aun caballo y armas según los fueros municipales), y la monarquía no fue sino la primera —y la ejemplar— familia que encabezaba el reino. Análogo peso se da a partir del Congreso socialista de Erfurt al Sindicato. Familia y Sindicato son incorporados a las instituciones políticas en la Constitución de Weimar. Pero ¿y la información? ¿Qué son y qué representan como elemento integrador los instrumentos multiplicadores de la comunicación social?

Es evidente que la integración de las gentes en los distintos sistemas de convivencia no se produce tanto por relaciones simétricas (de igualdad —camaradería, compañerismo—) como por relaciones complementarias (de subordinación —jefes, jerarcas, dirigentes—). Estas relaciones complementarias dominan todo régimen, y en él la subordinación ha de lograrse por el prestigio o por la violencia, y aún frecuentemente por ambos, casi en idéntica proporción. Ya Maquiavelo preguntaba: qué convenía más al Rey, si ser amador o ser temido, y Hobbes partía de la convicción de que todo orden político era una violencia organizada (3). Creo que en la organización de tal violencia anda el *quid*.

No es posible un Estado sin comunicación con los ciudadanos. Para que el hombre sea ciudadano —y no cabe pensar en otra cosa— ha de tener, según ya pedía Santo Tomás, alguna parte en el principado. Tener parte es participar y participar nos parece que es —esencial y aun específicamente— opinar. Si se está en un grupo en el cual sus miembros no opinan, simplemente «se está»; solamente cuando se participa —opinando y en alguna manera decidiendo— «se es».

Participar exige ser sujeto y no sólo objeto de la relación sociopolítica. Cuando no hace falta participar porque no hay otra opinión de la de los demás, se es instrumento. Así se llega al sistema de expresión electoral que ha podido definirse como una ceremonia pública que dura todo un día ... (4).

(3) Cfr. BENEYTO: *Historia geopolítica universal*, 5.ª edición revisada de la *Historia de las doctrinas políticas*, Aguilar, Madrid, 1973. La referencia textual en CHEVALIER: *Los grandes textos políticos*, Aguilar, Madrid, 1970.

(4) El profesor GILSON calificó en la *American Review of Political Science* las elecciones en la URSS como a *daylong public ceremony*.

Participar exige dar juego al propio juicio, no solamente acudir ante una urna y entregar una papeleta. Pues bien, tal supuesto exige información y concurrencia.

La información es necesaria a todo ensayo participacionista. Las compañías comerciales anónimas ya no contentan a sus accionistas con dietas o bombones en ocasión de las asambleas generales: invitan a visitar sus instalaciones. La Iglesia católica que empezó con la máxima participación —el sacrificio y la mesa— había llegado al mínimo: el servicio religioso como espectáculo. Ha habido que volver a plantear la participación, incluso informando sobre el contenido de la misa, con las lecturas en lenguas vivas.

La concurrencia es también necesaria. Nada menos participacionista que unas elecciones con lista única, verdadera, ya comentada, ceremonia. Importa considerar a los partidos. Si los partidos no mantienen su perfil, si se convierten en oligarquías, surgen las oposiciones extraparlamentarias —que éstas sí que tienen peligro por ser incontrolables.

Sin contar con la opinión se pueden hacer obras públicas. Los Médici, los Sforza y otros tiranos de la Italia del Renacimiento se presentan como *maximi muratores*. También fueron constructores sin par los faraones, y más cerca de nosotros el caudillo nazi, creador de las autopistas centroeuropeas. Sin contar con la opinión se pueden montar espectáculos públicos. Pero este término —público, político— sólo se conjuga en singular cuando cuenta con la opinión, que es precisamente opinión «pública».

La opinión se expresa típicamente en la consulta electoral, mas también en las encuestas, y tal como más al pormenor señalaremos, en los distintos instrumentos de la comunicación social.

La opinión expresada en el trámite de una votación para la presidencia de una nación ofrece un proceso subsiguiente sumamente valioso. Pensemos en lo sucedido en los Estados Unidos tras la elección favorable a Kennedy sólo por unos centenares de miles de votos y pensemos en lo que representó aquella frustrada etapa y la huella que dejó —no sé incluso sino por su misma ruptura y por la forma en que esta ruptura se produjo—. Veamos el caso más próximo de Giscard d'Estaing. En la primera vuelta tiene un 32,60 frente al 43,24 de Mitterrand. En la segunda se le asocian quienes tendrán que situarse en el Gobierno: se pasa al 50,81 contra el 49,10 de la Unión de izquierdas. Y los centristas, unidos al nuevo presidente, han de hacer política próxima a la izquierda. Acaso aquí habría que plantear la observación de Töffler sobre la ausencia de perspectiva histórica en las opciones electorales. Se consulta a los electores sobre problemas concretos, pero nunca sobre la configuración general del futuro (5). Contrasta nuestra situación con-

(5) ALVIN TOFFLER: *El "shok" del futuro*, trad. esp., Barcelona, 1972.

temporánea con la de los hombres de otros siglos, donde, si se prescindía del parecer de las gentes en las cosas de todos los días, se hilvanaba el proceso político bajo la imagen del destino propagandísticamente puesto en las manos de Dios y perfilado sobre los intereses —sabidos— de la dinastía. ¡Lástima que frente a tales directrices todo se presentase como alteración!

En cuanto a la presencia de la opinión por los sondeos, si su vigencia parece clara en tiempo no-electoral en el proceso pre-electoral no tanto, revelan una situación doxológica concreta como influyen —con la información que proporcionan— en el proceso mismo, provocando no pocos cambios en la intención del voto (6). En tales circunstancias las encuestas son noticia, noticia inquietante, y no sólo entretenimiento.

Ahora bien, el gran elemento que hace posible el diálogo tecnificado, tal como corresponde a nuestra sociedad industrial es la información propiamente dicha: los contenidos difundidos por los instrumentos multiplicadores. Sin tal diálogo apenas podría hablarse de opinión pública. Pero aquí no basta la aportación técnica, sino todo un vasto y complejo entorno sociopolítico: una nivelación temporal y espacial, porque sólo viviendo nuestra contemporaneidad en zonas desarrolladas es posible el juego información-opinión-política. Como exactísimamente destacaba Humberto Eco, es distinto enterarse de lo que ocurrió hace diez años, como le pasaba al esclavo egipcio, que saber «lo que está ocurriendo» (7). Únicamente en esta segunda situación la reacción tiene sentido. Y no sólo de cara al individuo, sino de cara a la sociedad. La expresión de la realidad cotidiana mediante la comunicación entre los hombres —entre acaso todos los hombres— es lo que hace que el mundo adquiera sentido y lo que —a mayor abundamiento— confiere a nuestra experiencia su verdadera dimensión humana (8).

2. LA OPINIÓN Y LA OCASIÓN DE EXPRESARLA: EL ACONTECIMIENTO

La opinión se forma sobre las opiniones. Ya sabemos lo que es opinión pública. Stoetzel ha observado que se está en presencia de un estado de opinión pública cuando, en una población o en un determinado grupo social, el resultado de una encuesta o sondeo se traduce gráficamente por una curva en J.

(6) A este respecto cfr. la petición del senador francés BONNEFOUS por una reglamentación de los sondeos (*Monde*, 21-10-1970) y la propuesta senatorial de 1972, iniciada por DAILLY (*Monde*, 21-12-1972).

(7) *Apocalípticos e integrados*, Barcelona, 1968, pág. 369.

(8) BENEYTO: *Información y sociedad*, Revista de Occidente, Madrid, 1970, i. pr.

Cuando el resultado se ofrece como curva en forma de campana, coexisten opiniones privadas sin dar lugar a que surja una opinión pública (9).

Sabemos también que la opinión es un juicio —incluso ya aludimos a ello anteriormente—. Este juicio manifiesta una actitud, es decir, una disposición a reaccionar de una cierta manera ante una situación determinada (10).

Hemos visto que de la masa se van formando grupos gracias a una atracción o llamamiento. Son convergencias más o menos conscientes ligadas a factores sociales, pero no siempre socializadas hasta el extremo de implicar una propia conciencia.

Las actitudes previas y esenciales son arrastradas por los impulsos de participación o de inhibición. El desentendimiento de la vida política se refleja en su marginalización. Algunos ejemplos son muy expresivos desde la formulación del «Obrero no votes, la política es farsa» de la C. N. T. española anterior a la guerra, hasta el casi pleno del humor como sustitutivo en la iniciación de nuestra década de los 70. Mientras sigue siendo real que el ausente nunca tiene razón, van faltando modelos de referencia porque la sociedad se diversifica. Se mantienen criterios en relación con la edad, la renta, el nivel de estudios..., pero no siempre se tiene cuenta de que los obreros están siendo uniformizados con los empleados y que en su creciente despliegue acogen valores aportados por otros estratos, mientras se difunden en las demás clases ciertos valores de raíz obrerista...

Los sentimientos, los hábitos, los caracteres, incluso los instintos perfilan las opiniones. Hay así una diversificación que aleja inicialmente los conceptos de opinión pública y voluntad popular, aunque el modo de conocer ésta sea acudir a aquélla. Ya es chocante que las voluntades se adicionen mientras las opiniones se fundan.

Ahora la planificación desarrollista trata de contar con la opinión, porque sin ella no sería realizable un desarrollo eficaz (11). Precisamente ahí la opinión está ligada a la información. Por ello cada día los Gobiernos necesitan contar con la opinión y están obligados a informar para que las opiniones privadas se vayan extendiendo hasta constituir estados reflejables en curvas en forma de J.

De un mundo tradicional sin opciones, de seguir viendo que todo sigue igual (entre 1200 y 1900 hay menos cambios que entre 1900 y 1970; en

(9) El autor se ha ocupado del tema en su *Teoría y técnica de la opinión pública*, 2.ª edición, Tecnos, Madrid, 1970. Cfr., también, J. STOETZEL: *Théorie des opinions*, Presses Univ., París, 1943.

(10) Todo esto en mi *Opinión pública*, págs. 77-81 de la segunda edición.

(11) Cfr. mi «Información y Desarrollo», en esta REVISTA, 32, abril-junio de 1973.

setenta años más que en setecientos), pasamos a un mundo en el que las opciones se nos proponen utópica e ideológicamente como ingredientes de nuestra convivencia.

El replanteo de la actual problemática doxológica exige un conocimiento de la realidad social partiendo del peso de la historia, del puesto del hombre y del contorno de éste. La historia pesa como tradición y carga al hombre mismo, que no entra en el juego político sin equipaje.

Para advertir la conversión de las opiniones privadas en la opinión pública nada tan importante como la documentación sobre el contorno de la misma vida social del hombre.

Hay que partir del examen de la actividad propagandística previa, implícita o explícita, y de la reacción posterior, en su proyección popular, despierta o durmiente, pero siempre viva. Las relaciones se hacen complejas: en la circunstancia que da surgimiento al pensamiento ideológico se cuenta con la edad, el lugar, la profesión, pero en cada una de estas cualidades existen matices de que tomar nota. No son lo mismo todos los jóvenes ni todos los funcionarios, pero depender de la Administración o sentirse físicamente vigoroso marcan actitudes. De ahí que establecida una cierta opinión pública sobre la fusión de las opiniones privadas, se puede pasar a otra formulación doxológica en atención a circunstancias nuevas, sociológicas o tecnológicas. Se varía en razón de la movilidad social ya que con ésta cambian los factores que incoan las actitudes previas a la formación de las opiniones y sucesivamente de la opinión. La sociedad contemporánea llega incluso a mostrarnos ejemplos de desclasamiento, con el paso de una clase a otra y desde luego de uno a otro estratos. Se varía por el desenvolvimiento de nuevas técnicas comunicativas. Es sabido que gracias a los «mass media» se dinamizan, se forman, se deforman y aún desaparecen con sorprendente rapidez.

Las opciones privadas latentes convergen en la formación de la opinión pública «cuando se presenta la ocasión», gracias a la participación y a los partidos. Mientras la participación supone movilidad y aún mejor dinamicidad, los partidos implican antagonismos cristalizados en estereotipos, al menos desde aquel, ya citado, de gibelinos y de güelfos. No es cuestión de hacer aquí una crítica de los partidos, pero sí de advertir que las críticas más encarnizadas proceden de quienes tratan de sustituirlos (ejércitos politizados, iglesias preconciáres) o de quienes los requisan para sí y para siempre (en la fórmula totalitaria). Tampoco es lugar de atraer a los sucedáneos, ni a las asociaciones de propaganda surgidas en las vísperas de la Revolución francesa, ni a los clubs que son instrumentos de estudio y conceptualización. Lo que está claro y es lo único que aquí y ahora nos importa es que los partidos tratan

de movilizar a la opinión, en tanto que —como observaba Fauvet (12)— los gobernantes buscan calmarla.

Expresivamente el lenguaje evoca la tensión, la apatía e incluso la cólera de la opinión, mientras una consideración específica ofrece dos situaciones: estado de somnolencia y estado de despertamiento. Esta situación se produce tras un acontecimiento capaz de actuar como despertador, o tras una sucesión de acontecimientos que nos empiece a preocupar ¡como cuando el despertador nos llama por segunda vez!

3. EL ACONTECIMIENTO ANTE EL COMENTARISTA

El acontecimiento se hace noticia cuando se abre paso hacia nosotros. Si se queda en los gabinetes de censura o en las oficinas de las agencias se nos transforma en el esclavo egipcio de la observación de Eco; acabaremos sabiendo lo que pasó, pero no lo que anda pasando. Mas la noticia llega a nosotros no sólo por las agencias, sino por los periodistas y pesa sobre nosotros singularmente gracias a ese particular mecanismo de reflujo que es el comentario. La opinión no es influida tanto por los titulares o el «flash», sino por los textos y por las interpretaciones sugerentes.

La noticia es obra de periodistas, el comentario lo suele ser de ellos, mas también de otras gentes, generalmente especialistas y a menudo escritores o eruditos no profesionalmente ligados a las estructuras sociales de la prensa. Pensemos no sólo en los diarios, sino sobre todo en los semanarios, en esos «ilustrados» más o menos, pero bastante politizados textos de cada siete días. (Sigo creyendo que hasta que no tengamos una prensa diaria de documentación e interpretación, seguirá primando el tipo de oyente de la radio, de televidente y de lector de la prensa ilustrada semanal sobre el tradicional del lector del papel de cada día) (13).

El papel del comentarista es fundamental para la forja de la opinión. No sólo trasfunde la noticia, sino que cumple la función de la oleada directa: juega como líder. Pero el papel del comentarista depende del sistema informativo establecido. La situación mundial ofrece actualmente ciertas disfunciones. En los países industrializados el fenómeno de la concentración tiende al monopolio: se anticipa y preforma apariencias análogas al monopartidismo. En los países en curso de desarrollo se está al borde de la estatización. El ejemplo africano es desolador. América del Sur ofrece cierta diversidad: se

(12) J. C. FAUVET: *Naissance et formation de l'opinion publique*, 53.^a Sem. Social de Francia, Niza, 1966, Ed. Chron. Soc. de France, Lyon, 1966.

(13) Esta conclusión en mi *Información y sociedad*, págs. 189 y sig.

sostienen algunos diarios en contadas zonas libres mientras pierden su fuerza de proyección plural en otras (14). Un ejemplo con peculiaridades pendientes puede ser el peruano, donde sin llegar a concluir el propósito de convertir en propiedad social la prensa, se acometió una expropiación de los diarios y revistas de mayor difusión atribuyéndolos a organizaciones o comunidades nacionales (campesinos, obreros industriales, profesionales libres, educadores) —manteniéndose algunos como órgano gubernativo— de tal manera que puede producirse una expresión de opinión grupal, especialmente por cartas, quejas y llamamientos hechos públicos de la prensa (15). En Europa, tras los análisis sobre los efectos de las posiciones monopolísticas, especialmente los del Instituto de Allensbach, el informe Guehnter concluye que la libertad de información está afectada cuando un grupo editorial absorbe el 20 por 100 de la prensa o el 40 por 100 del conjunto de diarios y de dominicales (16).

El comentarista necesita disponer de periódicos, pero no hay periódicos idóneos para el proceso informativo si no existe pluralismo en el campo de la opinión. El mundo totalitario es un mundo con ausencia de opciones y en tal circunstancia, de nada serviría la pluralidad de los medios. El centro de Europa es buen lugar de contraste, y aún bastaría comparar la información en las dos Alemanias (17).

Acudiendo a un planteamiento más específico y profesional el comentarista ha de tener cuenta del interés del conjunto de su audiencia. Hay pueblos

(14) Vid. BENEYTO: *Conocimiento de la Información*, Alianza, Madrid, 1973, páginas 94 y sig.

(15) Los antecedentes de la situación anterior en JUAN GARGAREVICH: *Mito y verdad de los diarios de Lima*, Labor, Lima, 1972. La situación actual en el Estatuto de Prensa dictado por el Gobierno de la Fuerza Armada en 23 de julio de 1974 (Decreto-ley núm. 20.680, texto en *El Comercio* del 24. Su objetivo es que los órganos de prensa se ligen a «sectores significativos de la población organizada»). La observación de la realidad hace ver que, en efecto, los grandes diarios del país, expropiados y atribuidos a tales sectores, se hacen voceros de sus aspiraciones, necesidades y puntos de vista. Anteriormente habían sido constituidos como Comunidades industriales, interrumpiéndose por dicho Decreto-ley tal proceso.

(16) Cfr. *La concentración de los medios informativos y publicitarios*, Curso de Santander, 1968. Escuela Oficial de Periodismo, Madrid, 1969.

(17) Mientras la DBR muestra la prepotencia de sus trusts vecinos del monopolio, éste anda implícito en el régimen de prensa de la DDR. Lo que matiza la prensa del Este es su especialización, aparte de los diarios ligados al Partido y a sus Organizaciones. Repasemos *Neues Deutschland*, órgano del Comité central del partido unitario socialista en Berlín, típico ejemplo de prensa ideológica y, sobre todo, los semanarios, desde *Azet* a *Wachenpost* pasando por la prensa dirigida a los jóvenes (*Junge Welt*) o a las mujeres (*Fuer Dich*). Un análisis de contenido frente a *Die Welt* o *Der Bild* choca más entre los semanarios, entre *Welt am Sonntag* y *Quick*, por ejemplo, y los citados *Fuer Dich* y *Junge Welt*.

que se consideran particularmente afectados por las decisiones del Gobierno y en momentos de crisis se pide más a aquellos de quienes corrientemente se desentiende. (El caso español dentro de la reciente década es curioso. Si atendemos las encuestas del Instituto de la Opinión Pública las gentes penden de la permanencia del sistema político, de su permeabilidad o evolución y de las cuestiones tocantes a la educación, el trabajo y la economía.)

El peso del comentarista sobre la masa llega a constituir un propio público. La autoridad de quien suscribe un punto de vista es lo que ha hecho particularmente valiosas —incluso frente a la prensa diaria— a ciertas revistas semanales que han ido dando más interpretación y documentación a la noticia hasta cubrir carencias crecientes en los diarios. En general pesan no sólo los comentaristas, sino los diarios y semanarios por sí mismos o gracias a una tradición, pero ésta se produce por el esfuerzo del comentarista —o de los comentaristas—. De ahí que el nuevo periodista deba estar cada día más preparado: Documentado, especializado, capaz de sustituir la intuición por la imaginación, sabiendo lo que hay detrás de las noticias y desvelándolo para sus lectores, con un sentimiento de apropiación del futuro.

Recordemos que el peso del comentarista en la formación de la opinión se da siempre en relación con la titularidad: se ofrece una voz personal capaz de convertirse en voz colectiva, primero del órgano informativo, luego de su público. Ahí estuvo el prestigio de las columnas que en la prensa de Cataluña y de Valencia suscribían sus directores, en la línea de Brusi, Mañé Flaquer, Llorente o Gazieli. No otra cosa tratan de ser los columnistas norteamericanos o los expositores de las televisiones más difundidas. Voz personal incluso marcada como rótulo en ciertas emisiones con más insistencia que la de quienes hacen declaraciones o son objeto de entrevistas, voz personal con permanencia. (La exageración de esta corriente la dieron los mecanismos fascistas y nacistas, con sus portavoces: Goebbels, Gayda.)

De la voz personal individual a la *vox populi*. El camino no es llano, y a veces resulta demasiado largo. Para acortarlo han surgido algunas curiosas experiencias. Frente a la fórmula del servicio al grupo político partidista, pues andan cediendo los medios informativos directamente ligados a tales agrupaciones, se hacen surgir otras, de carácter más propiamente social. Algunos diarios franceses han ensayado el contacto con el lector medio a través de grupos representativos de las distintas corrientes. Por ejemplo, en Amiens reuniones con cambio de pareceres entre miembros del público, periodistas del *Courrier Picard* y de la radiotelevisión. Otra fórmula podría ser la del grupo alemán de los films «Hallelujah», que se plantea una reflexión colectiva previa.

Cuando pensamos aisladamente en la información erramos de modo absoluto. Como se señala en un agudo estudio reciente, el mundo de la comuni-

cación es un todo y si consideramos los «mass media» como una especie de árboles, no se puede olvidar por completo la tierra en la cual hunden sus raíces, la savia de que se alimentan y el aire que mueve sus hojas (18).

Lo que rodea a los mecanismos informativos influye notablemente en el proceso de su acción sobre el público. Por lo demás, lo que sustenta la fe en la información es el sometimiento a su liturgia. Y este es un punto que generalmente se olvida cuando el comentarista acude a las que solemos llamar fuentes generalmente bien informadas, porque nada es menos eficaz que la nota oficiosa.

¿Podemos hablar, con estos antecedentes, de una información integradora? ¡Y claro es que también desintegradora! Fuerza que, por tantas razones, tiende el Estado a acercarse hacia sí, con la tentación —antisocial— de apropiársela, convirtiéndose en Iglesia; punto, pues, central, más cada día, para calificar los sistemas políticos.

JUAN BENEYTO

(18) P. LOZANO BARTOLOZZI: *El ecosistema informativo*, Eunsa, Pamplona, 1974, página 54.

